

## Reportajes

### Cómo Era Nuestro Pueblo y Cómo Es

Por LORENZA FERNÁNDEZ

**N**i mejor ni peor. En algo hemos retrocedido y en algunas cosas avanzado. Se han perdido cosas antiguas en nuestra Iglesia. La han modernizado y cuidado, está limpia; pero faltan cosas como el púlpito, las gradas con sus peldaños de piedra labrada, la lámpara de bronce que iluminaba al Santísimo con aceite, la pila bautismal, donde bautizaban y bendecían el agua el día de Sábado Santo, y los dos retablos, el de La Inmaculada y el de la Virgen de los Dolores.

Había tres grandes Cofradías: la de la Santa Cruz, la de las Ánimas y la de San Juan. La de San Juan la formaban treinta hermanos, no podían ser más. A cada hermano que entraba en la cofradía le daban una carga de trigo y, cuando moría, sus herederos tenían que pagarla, bien fuera en trigo o

bien su equivalente en dinero. Como la miseria era tanta, según dejaba de existir, eran muchos los que querían entrar, no sólo por entrar en la Cofradía, sino por la carga de trigo y se disputaban el puesto del difunto.

San Juan, patrono del pueblo, tiene un cetro muy bonito y, pendiendo de la insignia, mangada con un mango de madera, unos lazos muy flamantes. Alrededor de la corona tiene otra pequeña de flores artificiales renovada todos los años. El día de la fiesta, el Presidente de la Cofradía y sus ayudantes, antes de comenzar la misa, iban a buscar al cura con el cetro y la música a su casa y, durante la misa, lucían con orgullo este precioso tesoro. Si había algún voluntario para hacer la fiesta la cedían y si no la hacía la Cofradía, pagando los gastos religiosos.

Esta tradición se ha perdido.

Se perdió la fiesta de la patrona del pueblo, el dieciocho de diciembre, Nuestra Señora de la O.

Se perdió la Asociación de la Inmaculada, de las Hijas de María.

Se perdió la Festina. Era una novena que se hacía a la Virgen de los Dolores, que hacían por la limosna de la bandeja y, al terminarla, hacían la llamada Festina, traían al tamboritero y se hacía fiesta de puchera y de calle.

La Cofradía de las Ánimas tenía una novena por las Ánimas del Purgatorio y el jueves eran las confesiones. Venían muchos curas, ponían el túmulo delante, en medio de la Iglesia y cantaban mucho el Réquiem Eternam, y lo inciensaban mucho. Así decían los que no eran y tenían poca devoción.

Al terminar la misa salían en procesión alrededor de la Iglesia y encordaban por las Ánimas. La gente que estaba fuera decía: ya encuerdan por las vacas. Decían esto porque mataban una vaca, hacían tantas partijas como hermanos eran y le daban al matrimonio una partija y a los viudos media. La carne sobrante la cocían en grandes calderas, todos llevaban un barreñón de sopas migadas y se las mojaban con aquel caldo de la carne (por eso le llamaban el caldo gordo de la carne cocida), las comían y bebían mucho vino. Y, en vez de rezar, hacían mucha juerga y pescaban una borrachera.

Una vez el cura Don Segundo se encaró con mi abuelo Lorenzo que la tenía gorda y le dijo: “en vez de rezar, pillastéis buenas cogorzas”. Y le contestó: “calle usted, que tenía que tener matafumos y no lo tuvo”. Y se rieron todos.

Se perdió.

El día de la Inmaculada las jóvenes se juntaban para cantar el día de Navidad; era el día señalado para buscar



Un sano deporte: lanzamiento de azada

posada y ensayar los cantares. La costumbre era cantar “la Entrada” al entrar en el patio, luego al terminar el Evangelio, antes del Ofertorio, cantaban el “Cantar” y la “Salve”. Antiguamente el Ramo lo llevaba uno de los Quintos del nuevo año. Era de romero, adornado con dulces, roscas y caramelos, era de forma rectangular. A la puerta de la Iglesia lo subastaban y el dinero que sacaban era para cera y limosna para la Iglesia.

había novios, le adornaban el ramo con dulces, caramelos, lazos y pardales vivos, atados con un hilo para que no escaparan. Pedían el aguinaldo por las casas. Unos les daban chorizos, otros huevos, otros dinero; cada uno lo que tenía de voluntad. Luego iban a la casa de los novios que les daban buena propina por el detalle.

Cuando se casaban, la vecina más cercana ponía la mesa y los convidaba, adornándola y ponía dulces y bebida a la puerta de su casa y, a cambio, los casados la invitaban a café.

Con lo que sacaban los quintos de pedir hacían lo que entonces llamaban un “comilloria” en el pueblo, traían el tamborilero y alegraban el pueblo con sus voces y cantares.

Parece asomar las narices el poner los ramos, no clavados en las ventanas de arriba, sino en las puertas, pero ya es algo.

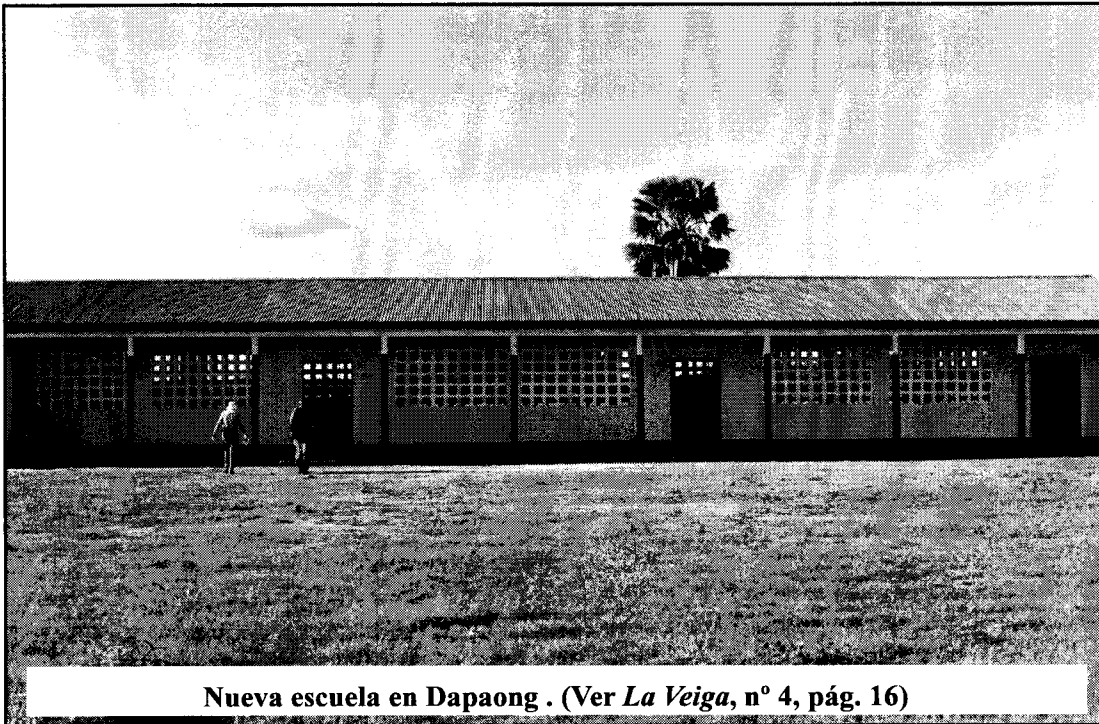
La gente de antes tenía muchas más creencias que la de ahora, creían mucho en el más allá y contaban cosas de miedo que le metían a los

más pequeños y a los más medrosos. A pesar de todo, unos creían y otros no, pasaba como ahora, muchos eran acontecimientos absurdos y mentiras. Lo que sí rezaban más que ahora y con más devoción.

En la Iglesia había muchos “mosquilones”, sobre todo, del ti Clemente, el Secretario, y muchos más que recordamos desde entonces para acá. No sólo era a este señor, sino a algún cura, hijo del pueblo, al que yo vi darle dos bofetones en la cabeza a tres niños porque se reían rezando el Rosario, uno de ellos bastante delicado que me dejaron la sangre helada. Fue hace algunos años, si fuera hoy había marchado de la Iglesia. No se porta así Don José Luis, pues creo que en este campo es una buena persona como en otros muchos.

También había en la Iglesia dos imágenes de San Blas. Le llamaban a uno San Blas el viejo y al otro San Blas el nuevo y le cantaban a los dos un verso que aún recuerdo oírse a mi madre:

*Quédate con Dios, San Blas  
y no te enojas este año,  
que vamos más adelante  
a visitar a tu hermano.*



**Nueva escuela en Dapaong . (Ver La Veiga, nº 4, pág. 16)**

Por el don de cantar el día de Año Nuevo, el cura le daba el aguinaldo a las cantadoras y las convidaba. Se perdió esta alegre tradición durante muchos años. Volvió de nuevo durante unos años y se perdió otra vez. Otra vez empezó de nuevo, a pesar de haber dos bandos de mozos algún año, como este que cuento. Iban un bando de mozos pequeños y otro de mayores, y le enseñaron los cantares al cura, que decidió que cantaran primero los pequeños, cosa que disgustó a los mayores, pero tuvieron que resignarse. Entonces compusieron este verso que cantaron el primero con sorpresa del cura:

*Aquí venimos los chavales,  
que los mozos ya cantaron.  
ellos vinieron delante  
porque son más allegados.*

Se pasaron unos cuantos años estando muerta la tradición y otra vez, al venir nuevo sacerdote, se cantó dos o tres años y ahí quedó. ¿Por qué fue? ¿Por qué se perdió? Por más de una causa. Adiós tradición. ¿Volverá? No lo sé, lo cierto es que alegraba mucho las Navidades y se han quedado tristes.

El día de Año Nuevo los quintos ponían ramos de pino, los clavaban en los marcos de las ventanas más altas y, si

Este San Blas, el Viejo, tenía un ramo de palma y, cuando moría una persona soltera, por vieja que fuera, se lo ponían a su lado y, cuando iban a cerrar la caja, se lo devolvían al Santo. San Blas, el Viejo, ocupaba el lugar donde está ahora San Isidro, atrás.

Y, así, se podían contar muchos acontecimientos de tiempos pasados.

También hemos prosperado en muchas cosas, no todo se ha perdido. La gente no es envidiosa; hay más libertad para todo; se perdió esa diferencia que había entre pobres y ricos; la juventud es admirable; con todo lo que pase, cada uno hace su vida sin querer ser más que los demás; viven igual los pobres que los ricos, aunque tengan más dinero. Hay muchos más medios de vida y muchas más comodidades. Hay muchos coches y da alegría ver a la gente servida sobre todo para muchas necesidades.

Amén de maquinaria. Esto sí que es grande. Ver a los agricultores con su tractor no es envidia, es alegría ver el progreso y cómo se recuerda lo que vimos años atrás. Aquellos hombres que salían al ser de día con su yunta en el mes de marzo con aquella ativa de madera que inventaron los romanos, surco va y surco viene, almorzando y comiendo en el campo para arar media carga hasta la puesta de sol; cuando hoy sale un agricultor y en medio día ara todo el campo.

Cómo soportaban las inclemencias del tiempo. Se cuenta que en el mes de marzo había muchas granizadas y, muertos de frío, las aguantaban a la intemperie, poniéndose a la abrigada de los bueyes, levantándoles el rabo y metiendo debajo las manos al calor, porque no aguantaban tanta friura. En la casa se calentaban a la fogata, calzando aquellas galochas chatas, llenas de tacos, sin zapatillas; muchos con aquellos escarpines hechos en casa, otros al pie de la fitera espadando el lino en un rincón recogido, dale que te pego, con la espadilla todo el invierno.

Y así se podían ir enumerando cantidad de cosas, todas increíbles para las personas jóvenes de hoy, como pasar quince días pujando tierra para las obras, subiendo con las escaleras de mano con la cesta por la mísera cantidad de nueve perronas diarias, como lo hicieron algunos hombres de este pueblo, mi padre y el Sr. Mateo Fernández (en paz descansen) en Villoria, negándose los demás porque no le daban la peseta. Es verdad, eran otros tiempos, pero el trabajo del cuerpo era el mismo; lo que no se puede comparar es la miseria que pasaban generaciones atrás trabajando sin medios y escasa comida, a la vida nuestra que, gracias a Dios, hoy no carecemos ni de comida, ni de ropa, ni de música pues se oye a cualquier hora radio y televisión.

Se ha cambiado por el Rosario en familia. Cuántas veces se iba a casa del vecino y te encontrabas con el Santo Rosario, pasando a rezar, esperando para decir el mensaje. Y venir de la Iglesia y tener que rezar el de casa con los que no pudieron ir, aunque fuera a regañadientes, porque ya habías rezado uno, y si no estabas atento podías cobrarte un mosquilón para

que rezaras con devoción.

Antes tenían la mala costumbre de reñir en la calle a fuerzas mayores, aunque fueran los familiares más íntimos. Cosa ya perdida, siempre pasan cosas pero se sabe disimular mejor y no se guarda tanto morro. Los rapaces no éramos tan comprensivos y expertos como hoy y decíamos cuando oíamos reñir: “hubo teatro”, “¿dónde?”, “en el otro barrio”. No queríamos defraudar el nuestro.

Y así podríamos contar hazañas, recordando infinidad de cosas, de historias que pasaban en aquellos tiempos que había pobres y ricos; como hoy, pero esas diferencias ya han pasado a la historia.

No quisiera ofender a nadie escribiendo este párrafo, sino recordar tiempos pasados, llenos de hambre y miseria comparados con los actuales; que hoy vivimos cobrando nuestra pensión los jubilados, arreglando muchas necesidades y disfrutando de muchas cosas que nunca soñamos.

Me viene a la memoria esta aventura de mi tío Domingo, de las muchas que le oí contar porque me crié con él: una vez, un vecino no tenía pan, fue a otra casa y dijo “mira a ver si me haces el favor de una hogaza que ya está cerniendo”. Volvió de segunda y tercera, y el hombre ya un poco amoscado le dijo “no decías que ya estaba cerniendo, tráeme las hogazas”. Le respondió: “pero es el trigo en las tierras, no con las piñeras”.

Otra de sus aventuras fue ésta: fueron al jornal, él y unos cuantos compañeros, a Veguellina de Fondo. Los amos le daban mucho trabajo y poca comida, se quejaron a los amos y la comida seguía siendo escasa. Ya llevaban muchos días de mal humor y con hambre, entonces decidieron marcharse o comida. A la hora de comer apareció el muchacho con su pequeño cesto, hicieron corro sentándose en el suelo, cogió mi tío el cesto, lo destapó, sacó lo que contenía y, al ver la miseria que tenía de comida, cogió el pan y lo partió en cachos todo lo pequeños que pudo, metió todo en el cesto y le dijo al muchacho “dile a tu madre que ya llevas más que trajiste”. Aquel día no comieron. Al atardecer levantaron trapo presentándose a sus amos: “la cuenta, nos marchamos”. Al verse sin jornaleros se quedaron cortados, diciéndole “por favor, no os vayáis”. Repetían ellos “queremos comida”. Se quedaron hasta la nueva mañana, regresando al trabajo. A la hora de comer, apareció el muchacho de nuevo con dos grandes cestos cargados de comida y, desde aquel día, sobraba de todo, comida y vino. Trabajaban de sol a sol por dos reales diarios, sin guantes ni zapatos, en alparagatas de vira, la mayoría no los conocían.

Mi tío compró sólo un par para casarse, le mancaron y en sus ochenta y siete años que vivió no compró más, anduvo toda su vida en alparagatas, al igual que andarían otros.

Y aquí termina mi relato para nuestra revista. Que paséis felices Navidades todos los de mi pueblo de Santibáñez y todos los que vengan aquí a pasarlas.

**&...en marzo había muchas granizadas y, muertos de frío, las aguantaban a la intemperie, poniéndose a la abrigada de los bueyes, levantándoles el rabo y metiendo debajo las manos al calor**